

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

Los de 14 a 18 años.

Enrique Raúl Fernández Conti.

Cita:

Enrique Raúl Fernández Conti (2007). *Los de 14 a 18 años. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/6>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los de 14 a 18 años

Lic. Enrique Raúl Fernández Conti

La nueva Ley de Educación nacional establece la obligatoriedad del Nivel Secundario para todos los jóvenes que habitan el territorio argentino. Este hecho de política educacional aporta un nuevo motivo para dirigir la atención hacia el grupo etario de 14 a 18 años, ya que son estos los que, de ahora en más, deben cumplir con este derecho-deber ciudadano, dado que la legislación anterior contemplaba la obligatoriedad del Nivel de Educación General Básica, la que, dentro de los márgenes esperados (es decir, sin que se repitan años o haya atrasos por diversos motivos), se cumplía alrededor de los 14 años.

Para llevar adelante esta observación hemos utilizado los datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo –INDEC-, correspondientes a la Encuesta Permanente de Hogares –EPH-, del primer semestre del 2006, para los Agregados de la provincia de Buenos Airesⁱ. La base de datos seleccionada nos permite relacionar ciertos aspectos que son de nuestro interés.

¿Estudian?; ¿trabajan?

En concordancia con nuestra orientación, comenzaremos por observar las tasas de escolarización como así también la condición de ocupación de los jóvenes de 14 a 18 años.

G1

La tasa de escolarización asciende al 84,0%ⁱⁱ, en tanto el 16,0% restante no asiste pero lo ha hecho. Resulta pertinente señalar que, en la categoría “Nunca asistió”, que completa, generalmente, el cuadro de condición de asistencia, no figura ningún caso, lo que permite afirmar que el proceso de universalización de, por lo menos, los primeros Años del Sistema Educativo se ha consolidado. Por otra parte, casi el 74,0% de los jóvenes asiste pero se encuentra “inactivo”, es decir, no tiene empleo ni lo busca, lo que implica que son sus familias las que optan por realizar las inversiones correspondientes a su educación. Sin embargo, el porcentaje de “inactivos” asciende hasta casi el 82%, lo que equivale a que, aproximadamente, un 8,0% de los de 14 a 18 no asisten, no tienen empleo ni lo buscan, es decir, se encuentran por fuera de dos canales institucionales de integración social, tales como el sistema educativo y el mercado de empleo.

En el polo opuesto, los que combinan empleo y estudio, alcanzan casi el 7,0%, y los que sólo se encuentran empleados rozan el 5,0%. Si bien la necesidad de conseguir un empleo para complementar el presupuesto familiar se menciona como una de las causas de la interrupción o el abandono de los estudios, lo que podría aplicarse a la proporción de jóvenes que no asiste y que se encuentra empleado, también se advierte que para un porcentaje mayor se da la posibilidad de combinar ambas actividades. Esto está indicando que para un conjunto de jóvenes la obtención de un empleo no actúa como factor inhibitorio de la continuidad en los estudios (¿quizás sea un factor posibilitador de la misma?), lo que nos lleva a proponer, en un plano puramente hipotético, que nos hallamos en presencia de estrategias, implementadas por un grupo de jóvenes, que tienden a cubrir necesidades presentes sin renunciar a la posibilidad de obtener un

certificado que, en tanto bien simbólico, constituya la base de expectativas de cambios futuros en las condiciones de trabajo que actualmente tienen que aceptar.

Por otra parte, casi un 7,0% de los jóvenes está buscando empleo, distribuyéndose en proporciones similares entre quienes están asistiendo y quienes ya no lo hacen. Si consideramos en conjunto a quienes tienen un empleo y a quienes están buscando uno, advertimos que, aproximadamente uno de cada cinco jóvenes se encuentra en esta situación.

Nos interesa ahora, observar si la pertenencia a uno u otro sexo incide diferencialmente en los aspectos presentados.

Varones y Mujeres.

G2

G3

La pertenencia a uno u otro sexo no incide significativamente en las tasas de escolarización, la diferencia de un punto porcentual a favor de los varones muestra que las posibilidades de permanecer en el sistema educativo se hallan equiparadas para ambos sexos.

Las diferencias con algún grado de relevancia, en los comportamientos según sexo, se advierten en cuanto a la condición de ocupación, aunque se observan variaciones según estén o no asistiendo a algún establecimiento escolar.

Los varones que estudian y están empleados superan en más de dos puntos porcentuales a las mujeres que se encuentran en la misma situaciónⁱⁱⁱ. Si la obtención de un empleo, por parte de los jóvenes, se halla asociada a la necesidad de complementar los ingresos familiares, tanto varones como mujeres cumplen con dicho requerimiento. Pero esta consideración de tipo general no nos aporta elementos para dar cuenta de la mayor proporción de varones empleados y que asisten al sistema escolar.

Intentar cubrir ese déficit nos lleva a presentar dos supuestos. El primero se halla asociado a las condiciones del mercado de empleo, en el cual los varones podrían contar con una ventaja relativa en cuanto a la consecución de puestos de trabajo que les permita realizar ambas actividades. El segundo, puede relacionarse con ciertas pautas del comportamiento masculino referidas a la necesidad de lograr mayores niveles de autonomía para sus propios gastos, por ejemplo, los orientados al “tiempo libre” (en las “disco” o las “bailantas”, por mencionar un caso, las mujeres gozan de entrada libre o a menor precio, además, culturalmente, no son ellas las que deben correr con los costos de “la invitación” ya sea orientada al mismo o al otro sexo). Aunque sea obvio mencionarlo, puede darse la acción combinada de ambos supuestos. La validez de estas consideraciones puede abarcar, por analogía, a los que asisten y buscan trabajo.

Entre quienes no asisten pero tienen o buscan un empleo, las diferencias se mantienen aunque disminuyen^{iv}, lo que nos lleva a postular que las presiones para que los jóvenes realicen otra actividad cuando interrumpen sus estudios, o bien, para que interrumpen sus estudios para iniciar otra actividad, se ejercen sobre ambos sexos. No obstante, la mayor proporción de varones nos lleva a recordar algo que señalaba Paul

Willis en "Aprendiendo a trabajar", y es que para los jóvenes de los sectores trabajadores, la obtención de un empleo adquiere el significado de un *rite de passage* a la adultez y a mayores niveles de autonomía, aunque continúen residiendo en el hogar paterno-materno. Esta pauta cultural que Willis observa en los jóvenes ingleses que provienen de familias de trabajadores, también ha sido mencionada en estudios referidos a los de nuestra propia sociedad. Lo que se intenta señalar con esta referencia es que, para algunos varones jóvenes, el abandono de la escuela para incorporarse a una actividad productiva, si bien se halla relacionada con una situación material, también es vivida como una elección, en la cual la continuidad en el sistema educativo ocupa el segundo lugar. Las relaciones entre estas pautas culturales de clase y los mecanismos de reproducción social son variadas, complejas y por demás relevantes. Sin embargo, no abundaremos en ellas en esta instancia, ya que lo expresado adquiere el carácter de hipótesis y resulta necesario encontrar evidencia empírica de otro carácter.

En contrapartida a los porcentuales más altos de ocupados y desocupados en varones, se observa un incremento en los porcentajes de inactivos en mujeres, de las cuales un 9,0% no asiste, no cuenta con un empleo ni lo busca. Una lectura lineal podría concluir que, dado que es éste un grupo de riesgo, desde el punto de vista de la integración social, dicha situación se agravaría en el género femenino. Sin embargo, cabe señalar que son las mujeres jóvenes las que suplantán y cubren roles maternos en los hogares donde las adultas son jefes de hogar o tienen un empleo para completar el presupuesto familiar. En otras palabras, una parte de estas jóvenes puede estar ejerciendo roles supletorios pero claves para la organización familiar, lo que en las encuestas de la EPH se computa en la categoría de "inactivos".

En este sentido, en un estudio realizado en la ciudad de Mar del Plata e incluido en una reciente publicación^v se presentan los siguientes datos en cuanto a la evolución en la distribución de los quehaceres domésticos según sexos:

G4

Como se observa, las tareas consignadas, a excepción de "hacer las compras", continúan, por la persistencia de pautas culturales tradicionales, en manos de las mujeres. A esto se agrega que, como señalan las autoras, "si reducimos nuestro universo de análisis y sólo consideramos los casos en que todas las tareas del hogar son realizadas por la misma persona, hacia 2002 disminuye la cantidad de casos que responden a esta práctica (de un 53,2 por ciento en 1996 a un 38,3 por ciento en 2002)"^{vi}. En otras palabras, si bien se advierten modificaciones en cuanto a la definición de tareas que corresponden al rol de "esposa-madre" en el seno del hogar, en cuanto a que las mismas se distribuyen entre otros integrantes, las continuidades en la distribución entre sexos de dichas tareas está indicando que son las hijas mujeres las que las toman a su cargo. Resulta adecuado señalar que en el estudio realizado se consignan datos que, no sólo dan cuenta de modificaciones en la distribución de otras tareas hogareñas (por ejemplo, el cuidado y la atención de niños y bebés) entre varones y mujeres, sino también de procesos de resistencia, por parte de las mujeres, ante la persistencia de pautas tradicionales, como así también de aceptación, por parte de los varones, de propuestas de una distribución más equitativa de los quehaceres de la casa. Remitimos a quienes estén interesados en esta temática al trabajo citado.

Hemos advertido que la pertenencia a uno u otro sexo implica comportamiento diferentes en los aspectos tomados en cuenta, nos interesa ahora observar si la condición de pobreza incide en la asistencia y la condición de ocupación.

Por encima o por debajo de la línea de pobreza^{vii}.

G5

G6

La condición de pobreza incide tanto en la asistencia como en la ocupación. Los pobres, en mayor proporción que los que no lo son se encuentran por fuera del sistema educativo (19,3% y 12,7% respectivamente), y empleados o buscando empleo (casi un 20,0% para los primeros contra un poco más del 15% para los segundos). Esta primera apreciación amerita ser precisada en ciertos aspectos.

Si bien la condición de pobreza ejerce una mayor presión para la obtención y búsqueda de empleo, no es este el único motivo que impulsa a los jóvenes a realizar este tipo de actividades (el 7,1% de los no pobres asisten y están ocupados^{viii}). Por otra parte, dicha condición de pobreza en conjunción con el desempeño de una actividad remunerada, no necesariamente tiene como consecuencia la salida del sistema educativo. No pretendemos negar que, para un conjunto de jóvenes, el inicio de una historia laboral marca el fin de una trayectoria escolar, lo que nos interesa reiterar es algo que habíamos señalado en párrafos anteriores, la posibilidad de contar con una ocupación y al mismo tiempo asistir al sistema escolar, situación que se da tanto entre los pobres como entre los no pobres, aunque entre estos últimos el porcentaje de los que realizan ambas actividades es ligeramente superior, lo que quizás esté asociado al mayor "capital social" familiar. Indagar acerca del tipo de trabajo que los jóvenes de uno y otro sector consiguen es una tarea que nos queda pendiente.

En segundo lugar, el porcentaje de jóvenes inactivos entre los que se encuentran bajo la línea de pobreza supera en más de dos puntos porcentuales a la de los que se hallan por encima de ella. La perspectiva conservadora de atribuir a los pobres "falta de voluntad" o "escasa inclinación al esfuerzo" encuentra en estos guarismos un ejemplo a su medida. Contrariamente, habría que asentar la mirada en el arco de posibilidades o, mejor dicho, de limitaciones que se cierne en torno a los sectores de menores ingresos, limitaciones que se hacen sentir a la hora de incorporarse al sistema productivo. En otras palabras, quizás estos jóvenes ya no busquen empleo porque los intentos anteriores terminaron en fracasos, o en ocupaciones con precarias condiciones de trabajo.

En este sentido, resulta adecuado tener en cuenta lo que señalan Daniel Míguez y Pablo Semán en referencia a las variaciones en ciertos rasgos culturales en los sectores populares, "a partir de la crisis del mercado laboral argentino (que multiplicó el empleo informal en los 80 y se manifestó como desempleo abierto en los 90)"^{ix} Entre estos, nos interesa rescatar el que se advierte "al reconstruir la variación de sentido que se manifiesta en la mutación de la noción de esfuerzo por la de fuerza en las clases populares. El esfuerzo implicó, históricamente, la autodisciplina y el sacrificio prolongado con que los hombres se hacían trabajadores respetables y las mujeres, madres honorables. En cambio, la noción de fuerza aplicada hoy tiene su acento temporal en el presente: una cualidad moral al servicio de la superación de la urgencia, y sobre todo refiere a experiencias que implican trayectorias mucho más inciertas y menos prometedoras que la de la educación, el trabajo y el progreso (aun cuando no deja de haber en esas trayectorias una noción de carrera como la que rige las expectativas y conductas de un trabajador)"^x Conviene dejar en claro que lo que se está señalando es la coexistencia de ambas nociones en las dimensiones culturales de los sectores populares en Argentina.

Hemos observado que la condición de pobreza influye en lo que atañe a la asistencia y ocupación de los jóvenes de 14 a 18 años. Nos interesa ahora ver si las diferencias detectadas son análogas o no para uno y otro sexo.

Varones y mujeres pobres y no pobres.

G7

G8

De la paridad en las tasas de escolarización inferimos que, para los que se encuentran por debajo de la línea de pobreza, la pertenencia a uno u otro sexo no incide en cuanto a la permanencia dentro del sistema escolar. En forma similar a lo que señalamos con respecto a la población total, las diferencias en los comportamientos entre sexos adquieren significatividad en cuanto a la condición de ocupación y, también, varían según estén o no asistiendo al sistema escolar.

En tanto casi el 12% de los varones asiste y está empleado o busca estarlo, poco menos del 8% de las mujeres se halla en la misma situación. Si bien los jóvenes de ambos sexos intervienen en el mercado de empleo mientras continúan sus estudios, son los varones los que en mayor proporción asumen la responsabilidad de conseguir un ingreso propio, ya sea para complementar el familiar o para cubrir sus propios gastos. Ya habíamos señalado que esto se asocia con definiciones y significados culturales propios del ejercicio del rol masculino y con ciertas *ventajas estadísticas* que operan en el mercado de trabajo y que les permite combinar actividades laborales y escolares.

Este panorama varía entre quienes no asisten, ya que el porcentaje de mujeres ocupadas supera, por una diferencia mínima, al de varones en su misma condición y entre los que buscan empleo la proporción a favor de los varones no alcanza a un punto porcentual. Podemos suponer que las condiciones materiales de extrema pobreza y la consiguiente necesidad de conseguir recursos, no sólo relegan la permanencia en el sistema escolar, sino que, también, diluyen las fronteras entre sexos a la hora de obtener un ingreso. Quizás, también, para un conjunto de jóvenes y sus familias, la obtención del certificado de educación básica sea la frontera entre el lapso de escolarización y el inicio de la vida laboral.

Como ya lo señaláramos, la mayor proporción de mujeres inactivas puede asociarse al desempeño de roles hogareños en reemplazo de mujeres adultas.

Corresponde ahora dirigir la mirada hacia los jóvenes que están por sobre la línea de pobreza.

G9

G10

De la diferencia de cinco puntos porcentuales a favor de los varones en las tasas de escolarización podemos inferir que la pertenencia a uno u otro sexo adquiere algún grado de incidencia en cuanto a la permanencia o no en el sistema escolar. Dado que la población que estamos observando se sitúa por encima de la línea de pobreza, la

apelación al abandono por necesidad de incorporarse al mercado laboral para obtener un ingreso puede ser esgrimida sólo parcialmente, lo que nos lleva a contemplar otros aspectos. Entre estos el que son las mujeres las que se adecuan, en mayor grado que los varones, a los *tempos* y plazos escolares para completar los diferentes niveles educativos^{xi}. Lo que nos interesa señalar con esta referencia es que, puede suponerse, que la mayor proporción de mujeres que ya no asisten lo hagan después de haber obtenido el certificado del Nivel Polimodal o Secundario, lo que estaría marcando la finalización (o un *impasse*) de su carrera escolar. No es nuestra intención justificar, atemperar o diluir el proceso de selección social que, traducido convenientemente en términos académicos, se lleva a cabo en las diferentes instancias y modalidades del sistema educativo, sólo tratamos de agregar precisión en cuanto a las condiciones en las que los diferentes grupos o sectores finalizan su historia escolar.

La proporción de varones que asiste y tiene un empleo casi duplica a la de las mujeres, y la de los que asisten y buscan empleo casi la cuadriplica. Más allá de las asociaciones entre esta situación y los aspectos culturales incluidos en la definición de roles masculinos, se advierte que, en este grupo de edad, son los varones no pobres los que más beneficios obtienen del proceso de recuperación/reactivación del mercado de empleo, ya que son ellos, en mayor proporción que cualquiera de los otros sectores (mujeres no pobres y varones y mujeres pobres), los que pueden compatibilizar el ejercicio de una actividad remunerada con la continuidad en el sistema escolar.

En lo que atañe a las dimensiones socioculturales referidas a pautas de diferenciación según sexo, cabe señalar, por una parte, la persistencia de rasgos tradicionales que delimitan lo externo al hogar como un espacio típicamente masculino, a pesar de la creciente participación de la mujer en el mercado de empleo, y por otra, lo ya señalado en cuanto al logro, por parte de los varones, de mayores niveles de autonomía para sus propios gastos y consumos.

El sentido de las cifras varía cuando dirigimos la mirada a quienes ya no asisten, ya que en ese grupo la proporción de mujeres que se encuentra empleada supera en casi un punto porcentual a la de los varones, diferencia que se mantiene entre quienes buscan empleo. Dado el grupo etario que estamos observando y el sector socioeconómico al pertenecen, (por encima de la línea de pobreza) se hace necesario señalar que para una proporción apreciable de estos jóvenes, el Nivel Secundario o Polimodal constituye el final de su trayectoria escolar (lo que no implica, mecánicamente, la finalización de dicho Nivel), por lo que una de las alternativas que se les presenta, tanto para varones como para mujeres, es incorporarse al mercado de empleo, y, en este sentido, son las mujeres las que, liberadas del horario escolar, consiguen una más rápida inserción laboral, quizás, porque están dispuestas a aceptar condiciones de trabajo –por ejemplo, jornada extendida- que algunos varones rechazarían.

Otra, de las posibilidades que se les presenta a un conjunto de estos jóvenes, dependiendo de la posición social y de la disposición familiar, es hacer uso, durante un tiempo más o menos acotado o prolongado, de la *moratoria social*^{xii} de que gozan, y quedar a la espera de “mejores oportunidades” laborales, o bien, en el caso de las mujeres, integrarse a las tareas del hogar, hasta constituir el suyo propio. En esta situación podrían encontrarse los “inactivos”.

Y ¿Qué Niveles cursan?

Hasta aquí hemos presentado los datos según condición de asistencia y ocupación, nos parece adecuado incorporar ahora los que corresponden a la asistencia por Niveles Escolares según condición de pobreza.

G 11

G 12

En las tasas de escolarización calculadas para los que están por debajo y por encima de la línea de pobreza se observa una diferencia de casi siete puntos porcentuales a favor de los segundos. Sin restarle importancia a dicha diferencia, y atendiendo sólo a estos resultados, puede afirmarse que ello representa un paso adelante en el proceso de igualación de oportunidades educativas en cuanto al origen socioeconómico de los jóvenes. No obstante, ésta afirmación se ve profundamente relativizada cuando se combina la condición de asistencia con los Niveles alcanzados para los jóvenes pobres y no pobres.

En principio, casi el 10% de los pobres se encuentra por fuera del sistema escolar habiendo llegado solamente a concurrir al Nivel Primario o de Enseñanza General Básica (cabe aclarar que la información disponible permite afirmar que han asistido, pero sin saber si han completado dicho Nivel). Comparativamente, apenas un 3% de los no pobres se encuentra en esa misma situación. Dentro del mismo Nivel, se advierte también, que asisten a éste casi el 32% de los pobres, en tanto dicho porcentual desciende a un 20% cuando se trata de los no pobres. En consecuencia, si suponemos una distribución similar de edades simples para uno y otros, se advierte que son los pobres los que permanecen por más tiempo en el Nivel de enseñanza básica, ya sea porque repitan, interrumpen sus estudios y luego se reincorporen, o por la combinación de ambas razones.

En segundo lugar, la condición de pobreza no incide en la categoría de los que, habiendo asistido al Nivel Secundario o Polimodal ahora no lo hacen (9,4% para los pobres y 9,7% para los no pobres), pero sí influye significativamente entre quienes continúan asistiendo, ya que, en este caso, la diferencia llega a los diez puntos porcentuales a favor de los no pobres.

A medida que se avanza en los Niveles educativos, las diferencias se enfatizan, así, en el Terciario y Universitario la proporción de no pobres que asisten triplica a la de pobres.

Por último, aún en la Educación Especial se advierten diferencias significativas, ya que, en tanto el 1,4% de los no pobres continúan asistiendo a esta modalidad, sólo lo hace el 0,3% de los pobres y otro 0,3% ha asistido, pero se encuentra ahora fuera del Sistema Escolar.

Al observar los datos, resulta casi una obligación recordar con Bourdieu que "de todos los factores de diferenciación, el origen social es sin duda el que ejerce mayor influencia sobre el medio estudiantil, mayor en todo caso que el sexo y la edad..."^{xiii}. La manifestación más notoria de esta diferenciación es la exclusión del sistema educativo de los jóvenes de los sectores más desfavorecidos. Si bien la misma se halla atenuada en el grupo de edad bajo observación (14 a 18 años), en su reemplazo se advierten formas más sutiles como el retraso o estancamiento de dichos jóvenes en los niveles básicos de enseñanza.

También, cabe señalarlo, la diferenciación según origen se cristaliza aún en una modalidad como la Educación Especial, ya que la totalidad de los jóvenes de los sectores no pobres con algún tipo o grado de discapacidad cuentan con la cobertura que les brinda el Sistema Educativo, en tanto sólo la mitad de los que provienen de sectores pobres perciben dichos servicios. Además, llama la atención que la proporción de jóvenes no pobres que asisten a Educación Especial sea más del doble que la de los que están por debajo de la línea de pobreza. Esto plantea algunos interrogantes, como, por ejemplo, ¿las posibilidades de detección y diagnóstico de discapacidades o grados de éstas, son equiparables en ambos sectores?; ¿sería posible que ciertas discapacidades se subsuman o encubran bajo la situación de pobreza?

Los datos presentados en los cuadros anteriores confirman que el origen socioeconómico incide significativamente en las trayectorias educativas de los jóvenes. Interesa ahora visualizar si la pertenencia a uno u otro sexo enfatiza, atempera, agrega o quita factores de diferenciación. Para ello transitaremos por dos caminos de comparación, uno entre integrantes del mismo sexo, pero diferenciados por su posición por sobre o debajo de la línea de pobreza; otro, entre jóvenes de diferente sexo, pero equiparados según su condición de pobres o no pobres.

G 13

G 14

En los resultados obtenidos para los varones se advierte, que las diferencias se acentúan. Así, por ejemplo, la proporción de varones pobres que ya no asiste y que lo hizo sólo hasta el nivel primario supera en tres puntos porcentuales a la alcanzada por el total de la población, como así también en comparación con los varones no pobres. Situación similar se observa en los porcentuales de los que asisten a EGB.

En el Nivel Secundario o Polimodal, la proporción de varones no pobres que no asisten pero asistieron supera a la de pobres, pero esta situación se revierte entre los que asisten a este Nivel, ya que los primeros superan en más de 14 puntos porcentuales a los segundos.

El Nivel Terciario no surge como una opción para los varones por debajo de la línea de pobreza, en tanto es una alternativa escasamente utilizada por los no pobres. Y entre los que asisten a la Universidad, la proporción de los no pobres quintuplica a la de pobres.

La información presentada permite establecer ciertas inferencias. En primer lugar, el proceso de diferenciación según origen socio-económico se da con mayor énfasis en los varones, y esto en dos de sus manifestaciones, la de exclusión y la de retraso o estancamiento (casi el 50% de los varones pobres se encuentra cursando o ya no asiste al Nivel de educación básica, en comparación al casi 25% de los no pobres). En segundo término, si bien una proporción apreciable de los no pobres deja de asistir en el Nivel Secundario o Polimodal, lo hace habiendo alcanzado dicho nivel y con más años de escolarización. Es decir, aunque la experiencia sea la de quedar por fuera del Sistema Educativo, lo hacen con la obtención de, por lo menos, un certificado y, por ende, aprovechando en forma más eficiente su paso por el mismo.

En tercera instancia, los varones bajo la línea de pobreza no considerarían al Nivel Terciario como una alternativa para continuar estudios. Quizás esto se deba a que, llegados a la instancia de continuarlos opten por la alternativa que aparece como más redituable, es decir, conseguir un título universitario. Cabe recordar que la población bajo observación es urbana en su totalidad, y que las localidades incluidas cuentan con Universidades Nacionales, o bien las mismas se ubican en sus cercanías (por ejemplo, en el conurbano bonaerense), lo que implica que las familias no tengan que incurrir en gastos onerosos (alquiler, manutención de un integrante fuera del hogar, etc.), aunque sí tengan que contemplar los referidos a transporte, material de estudio, además de los habituales de alimentación, vestimenta, etc. Vale la pena reiterar que estas posibilidades se dan solamente para una exigua proporción de estos jóvenes (1,3%). Además, resulta válido suponer que dichos jóvenes han transitado por el Sistema Educativo sin ningún tipo de atraso (el límite superior de la población seleccionada es de 18 años), y con las calificaciones adecuadas para que la familia decida resignar un ingreso complementario y realizar una inversión en su educación. En términos de Bourdieu, serían aquellos en los que el *habitus* escolar se ha instalado con más fuerza, y por lo tanto se ha operado en ellos un proceso profundo de transformación socio-cultural.

En cuarto lugar, una proporción mínima de jóvenes no pobres optan por asistir al nivel terciario, quizás como una forma más rápida de conseguir una certificación que les garantice o posibilite un puesto de trabajo en el sector de servicios, acorde a las expectativas y pautas culturales de los sectores medios que encuentran en el trabajo no manual una de las características de identificación y de diferenciación. También puede suponerse que estos jóvenes, que provienen de un medio social en el que la continuidad de los estudios es lo esperable y esperado, y ante un indefinición (o no motivación) en la elección de carreras universitarias, opten por el Nivel Terciario como refugio^{xiv}.

Por último, es en la Universidad donde la diferenciación se torna más evidente. Como ya fuera señalado, los varones no pobres quintuplican la proporción de los pobres, a esto cabe agregar que para los primeros la asistencia a dicho Nivel adquiere el significado de normalidad, en tanto para los segundos resulta una excepcionalidad. En referencia a los estudiantes universitarios franceses (fundamentalmente parisinos) Bourdieu y Passeron señalan que “obligados a un proyecto profesional más realista, los estudiantes provenientes de la clase baja jamás pueden abandonarse por completo al diletantismo o atarse a los prestigios ocasionales de estudio que sigue siendo para ellos ante todo una ocasión, que hay que aprovechar, de elevarse en la jerarquía social. Haciendo de la necesidad virtud, lo saben y se abocan mejor a la profesión para la cual se preparan sin desconocer que se preparan para una profesión. La relación que los estudiantes mantienen con su futuro, es decir con sus estudios, estando directamente en función de las posibilidades objetivas que los individuos de su clase tienen de acceder a la enseñanza superior, hace que los estudiantes de clase alta puedan conformarse con proyectos vagos pues jamás tuvieron que elegir verdaderamente hacer lo que hacen, algo banal en su medio incluso en su familia, mientras que los estudiantes de clase baja no pueden interrogarse sobre lo que hacen porque tienen menos posibilidades de olvidar que podrían no haberlo hecho.”^{xv} Consideramos que la situación de los jóvenes argentinos puede equipararse, en este sentido, con lo señalado por los autores.

En síntesis, los varones no pobres logran transitar en mejores condiciones por el Sistema Educativo, no sólo cumpliendo con los tiempos pautados y evitando atrasos, sino también utilizando todas las alternativas que se les brindan.

Después de haber advertido que las diferencias según origen socio-económico se acentúan en los varones, corresponde que presentemos los datos para las mujeres.

G 15

G 16

Entre las jóvenes las diferencias se atenúan pero no se eliminan. Así, las mujeres pobres que ya no asisten y que lo hicieron sólo en el Nivel Primario o de EGB duplican a las no pobres y la proporción de las primeras que asiste a este nivel supera en ocho puntos porcentuales a la de las segundas.

No se advierten diferencias significativas entre las jóvenes que están por encima o por debajo de la línea de pobreza en lo que respecta a los porcentuales de las que han abandonado el Sistema Educativo habiendo llegado a asistir al Nivel Medio o Polimodal. Sí, en cambio, entre las que asisten, dado que se observa una diferencia de siete puntos porcentuales a favor de las no pobres.

La proporción de mujeres no pobres que asisten al Nivel Terciario es más del doble que la de las mujeres pobres, situación que se reitera, también, en el Nivel Universitario.

El hecho de que las diferencias según origen socio-económico se atemperen en el caso de las mujeres y se acentúen en el caso de los varones nos lleva, en primer lugar, a establecer ciertas comparaciones entre unas y otros y, en segundo término, a formular algunas preguntas e hipótesis.

En primer lugar, una proporción ligeramente mayor de mujeres de 14 a 18 años queda fuera del Sistema Educativo en comparación con los varones, aunque la diferencia se acote a 1,5 puntos porcentuales entre los pobres, y se amplíe a cinco puntos entre los no pobres.

Más allá de esta *desventaja estadística*, son las mujeres, o mejor dicho las que continúan, las que transitan con mayor comodidad por el Sistema Educativo, las que parecen adaptarse mejor y, por ende, las que obtienen las mayores ventajas en comparación con los varones, aunque con algunas diferencias según la condición de pobres o no pobres.

En lo que se refiere a los que han quedado por fuera del Sistema Educativo habiendo asistido solamente al Nivel Primario o EGB la proporción de varones bajo línea de pobreza duplica a la de mujeres en la misma condición -12,6% y 6,6% respectivamente-, en cambio, entre los no pobres los porcentuales se equiparan -3,0% para varones, 3,1% para mujeres. Esta situación se revierte en el caso de quienes no asisten pero lo han hecho hasta el Nivel Secundario o Polimodal, allí los resultados para las mujeres pobres duplican con holgura a los de los varones de su mismo sector -12,9% y 5,9% respectivamente-, en tanto las no pobres superan en cinco puntos porcentuales a los varones -12,2% y 7,2%-.

En los Niveles Educativos más altos (Terciario y Universitario), se advierte que la *ventaja estadística* favorece nuevamente a las mujeres. Para las que se encuentran bajo la línea de pobreza, el Nivel Terciario, si bien en una proporción mínima, si constituye una alternativa de continuidad en contraposición a lo que pasaba con los varones, y en el Universitario los porcentuales para las mujeres casi triplican los obtenidos para los

varones, y si se adicionan los correspondientes a ambos niveles, casi los cuadriplican. Por su parte, los porcentuales de las mujeres no pobres que asisten al Nivel Terciario más que duplican a de los varones en su misma condición, y los de las que se hallan asistiendo a la universidad superan en más de dos puntos a los de los varones.

Hasta aquí hemos podido observar, a partir de la información presentada, que se establecen diferenciaciones en el Sistema Educativo ligadas a las condiciones socio-económicas de las familias de los matriculados, o a los sectores sociales de origen, que dichas diferenciaciones se manifiestan, en la población de 14 a 18 años, principalmente, a través del atraso o estancamiento en los estudios de los matriculados por debajo de la línea de pobreza, y en segundo término, en la exclusión; que dichas manifestaciones se enfatizan en los varones pobres, ya que se dan en ellos la mayor proporción de excluidos que sólo han logrado asistir al Nivel de enseñanza básica (12,6%), la de estancamiento o atraso (35,6% en EGB) y el menor porcentaje de los que continúan estudios universitarios (1,3%). Surge, entonces, la pregunta acerca de los factores o aspectos asociados a este énfasis.

Una de las razones que puede esgrimirse es que estos jóvenes combinarían estudio y trabajo, tal como se había advertido en párrafos anteriores (7,4% de varones pobres se encuentran en esta situación). Pero esto no otorga validez a la afirmación de que el trabajo es una de las causales de atraso. Una de las formas más rudimentarias de validar dicha afirmación es a través de comparaciones. En principio, presentaremos la de varones y mujeres bajo la línea de pobreza que asisten por Nivel Educativo y categoría ocupacional.

G 17

G 18

Si bien, como habíamos señalado, se observan diferencias significativas en los porcentuales de varones y mujeres pobres que trabajan y estudian, las mismas tendrían una incidencia mínima en el retraso o estancamiento de las trayectorias educativas de los varones pobres dado que el 41.2% de los que asisten a EGB permanecen inactivos.

En consecuencia, habría que dirigir la mirada hacia características propias del funcionamiento del Sistema Educativo y en las formas de relación que establecen sus actores con estos jóvenes para encontrar las razones o motivos de este atraso en los varones. Cabe advertir que, en lo que sigue, avanzaremos en el plano de las hipótesis, es decir, proposiciones que deben ser puestas a prueba, pero que aun no lo han sido. Descartando las explicaciones basadas en la concepción de los “dones naturales”, sistemáticamente falsada por los datos empíricos, buscaremos los elementos teórico-conceptuales en los trabajos de Bourdieu y Passeron y de Paul Willis.

Si aceptamos como punto de partida -no como un presupuesto ideológico sino como un hecho comprobado y comprobable-, que en las sociedades contemporáneas coexisten diversos “arbitrarios culturales” que se corresponden con los diferentes sectores y clases sociales^{xvi} y que los Sistemas Escolares traducen curricularmente e imponen y difunden, principalmente, los que en cada sociedad concuerdan con las definiciones de cultura y los parámetros culturales de los sectores más favorecidos, concluiremos que, mientras para los niños y jóvenes cuyas familias pertenecen a esos sectores, la entrada y permanencia en el Sistema Escolar es tomada como una continuidad en su proceso de socialización, en tanto, para los que provienen de los sectores desfavorecidos, adquiere el

significado de una fuerte resocialización e imposición cultural (estos procesos son también señalados por autores como Peter Berger y Thomas Luckmann, aunque éstos lo tratan como una contradicción entre la “socialización primaria”, que se lleva a cabo en el ámbito de la familia y en las relaciones entre pares, y la “socialización secundaria”, que se desarrolla en el seno de instituciones, generalmente, educativas) .

Señalar la dimensión socio-cultural como una de las causales del atraso escolar de los niños y jóvenes de los sectores de menores recursos nos aporta elementos para la comprensión del fenómeno en general, es decir, incluyendo tanto a varones como a mujeres ya que los condicionantes culturales del origen social actúan sobre ambos. En otras palabras, la pregunta acerca de por qué estos procesos se enfatizan en los varones permanece aún sin una respuesta adecuada.

Comenzar a darla, o por lo menos intentarlo, implica recordar que así como no existen sectores o clases sociales homogéneas, tampoco los procesos de socialización y transmisión cultural se dan en forma homogénea hacia el interior de dichos sectores o clases, y que una de las heterogeneidades más reconocidas es la que se refiere a la diferencia según géneros. Entre quienes se ocuparon de esta temática, los integrantes del *Center of Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham lo hicieron con especial referencia a los jóvenes de los sectores obreros ingleses, y Paul Willis se centró en las relaciones que un grupo de varones jóvenes de estos sectores establecía con los diferentes sujetos de una institución escolar a la que asistían, como así también a los significados que dichos jóvenes construían y/o atribuían a la institución escolar, a los docentes, a sus demás compañeros, a los saberes que se transmitían en el establecimiento escolar, a los que adquirirían fuera de éste, etc. No es nuestra intención ofrecer una síntesis o comentar el trabajo de Willis, sino extraer de él algunos elementos que nos resultan relevantes.

Entre estos la comprobación de rasgos culturales machistas, que no sólo delimitan los ámbitos de actividad de cada sexo (la fábrica para el varón, el hogar para la mujer), o lo aceptable e inaceptable de las conductas sexuales (“experiencia” para el varón, “recato” para la mujer), sino también los saberes significativos para cada uno de los sexos y las consecuentes capacidades de comprensión de diferentes porciones de la realidad (las mujeres “no saben” lo que es el trabajo de los hombres en la fábrica y “no comprenden” las relaciones que allí se establecen).

En segundo lugar, la escasa importancia que algunos grupos de varones otorgan al conocimiento escolar, al que consideran demasiado teórico, alejado de la realidad, carente de utilidad no sólo para las actividades que podrían desempeñar sino también para conducirse en el entramado de relaciones sociales que constituyen su cotidianidad, en resumen, la asistencia a una institución escolar y la certificación que ésta otorga adquieren el significado de una obligación formal que les aporta poco o nada a su desarrollo.

En asociación con estas significaciones, las actitudes y acciones de “oposición” que dichos jóvenes llevan a cabo en contra de la lógica y la cultura escolar, las que se traducen en la utilización del humor como mecanismo disruptivo del orden en el salón de clases, el vagabundeo por el interior del establecimiento escolar, el desafío a algunos profesores (dentro de ciertos límites), y la informalidad en las relaciones frente a la formalidad de los roles establecidos. Si bien estas conductas de “oposición” no llegan al enfrentamiento directo y abierto, sí los colocan en situación de recibir sanciones, las que,

según las modalidades de los Sistemas Educativos pueden traducirse en bajas calificaciones y, por ende, en la posibilidad de repetir años de estudio.

Lo expresado en el párrafo anterior no pretende constituir las conductas de “oposición” en monopolio del sexo masculino, de hecho también las mujeres jóvenes las ejercen, pero para ellas el pasaje por las instituciones escolares y los conocimientos que allí se transmiten adquieren otros significados diferentes al de una obligación formal a la que no se le encuentra demasiado sentido.

En síntesis, lo que estamos proponiendo –y reiteramos el carácter hipotético de dichas proposiciones-, es que las causas del atraso o estancamiento de las mujeres y varones bajo la línea de pobreza están asociadas a la no concordancia entre el universo, horizonte, “arbitrario” socio-cultural en el que familiarmente se desarrollan y socializan y el que imponen, transmiten y distribuyen las instituciones escolares, que adquiere, por el sólo hecho de ser transmitido a través de dichas instituciones, el carácter de “cultura legítima” y, por ende, desvalorizante de los otros “arbitrarios culturales” existentes en una sociedad concreta.

En el caso de los varones, estos procesos de transculturización o resocialización de carácter general se verían enfatizados por caracteres específicos de la transmisión cultural de roles masculinos, lo que llevaría a una proporción de ellos a considerar a los conocimientos escolares como un “bien” de escaso valor y por una combinación de comportamientos de “oposición” y mecanismos de disciplinamiento basados en las calificaciones.

Para finalizar, la información disponible nos permite suponer que, en los Aglomerados de la provincia de Buenos Aires y para la población de 14 a 18 años, se han operado modificaciones en las estrategias de las familias con bajos ingresos en lo que se refiere a las relaciones entre sus integrantes y el sistema educativo, y que las mismas favorecen a las mujeres jóvenes. Aproximadamente, a principios de la década del '80 las inversiones educativas de las familias pobres, cristalizadas en cubrir los gastos de uno de sus miembros para que continuara estudios universitarios, favorecían a los varones, ya que se esperaba que el nuevo status profesional adquirido por éste se transmitiera a la familia. En los datos actuales se advierte que esta opción se dirige hacia las mujeres, no sólo porque la proporción de las mismas que asiste a la universidad triplica a la de varones, sino también porque la mayoría de las que lo hacen no están empleadas ni buscan trabajo.

Señalamientos.

A modo de un ejercicio de síntesis nos permitimos señalar o reiterar ciertos aspectos que nos resultaron relevantes.

En principio, en el grupo de 14 a 18 años se advierten manifestaciones de los procesos de diferenciación y selección escolar asociados a la posición social de las familias de origen de dichos jóvenes. Si bien hemos tomado un parámetro general de diferenciación social, tal como la población ubicada por sobre o por debajo de la línea de pobreza,^{xvii} lo que, si bien no nos permite hablar en términos de clase social, sí nos posibilita visualizar que, son los pobres los que en mayor proporción quedan por fuera del sistema escolar en estas edades, también son los que se van con menos “capital escolar” acumulado, invirtiendo más tiempo en obtenerlo y, por ende, experimentan el estancamiento en el Nivel básico. A esto se agrega que son los que en menor proporción

pueblan los Niveles superiores. Dentro del sector de pobres, son los varones los que menos beneficios extraen del Sistema Escolar.

En segundo lugar, el proceso de feminización de los diferentes Niveles educativos se ha consolidado tanto entre los no pobres como entre los pobres, lo que está indicando una modificación en la estrategia de las familias de este último sector, que a la hora de invertir en la continuidad de uno de sus miembros en los Niveles superiores, optan, ahora, por las mujeres cuando antes lo hacían por los varones. No obstante, son las mujeres no pobres las que exhiben los mayores logros dentro del Sistema Escolar.

En tercera instancia, la reactivación del sistema productivo y, en consecuencia, del mercado de empleo ha permitido que un conjunto de jóvenes, principalmente los varones, implementen estrategias que combinan la cobertura de necesidades (tanto de las básicas como de las que no entran en esta calificación, y esto según al sector social al que pertenezcan), con la continuidad de sus trayectorias educacionales. En este sentido son los jóvenes no pobres, los que en mayor proporción logran combinar ambas actividades.

Por último, si bien se observan avances en el proceso de equiparación de las oportunidades escolares entre pobres y no pobres, por ejemplo la universalización de los primeros años del Nivel básico, y una diferencia no muy abultada en las tasas de escolarización, se manifiestan otros fenómenos de desigualdad y diferenciación, tales como el abandono en el primer Nivel educativo de, por lo menos, uno de cada diez jóvenes en condición de pobreza, el estancamiento y atraso escolar, la exigua participación de los mismos en las matrículas de los Niveles superiores, a los que habría que agregar, según han puesto en evidencia otros trabajos, la devaluación de las certificaciones y el vaciamiento de contenidos socialmente significativos en los primeros años de cada Nivel. En una formación económica-social en la que la desigualdad y diferenciación social constituyen uno de los rasgos característicos, la diversificación, ampliación y multiplicación de las instancias y procesos que la legitiman y naturalizan es lo esperable. Captar y poner en evidencia esos procesos y la arbitrariedad de lo que legitiman es una de las tareas de las ciencias sociales. Lo que no es poco, pero tampoco es suficiente.

Parafraseando a Pierre Bourdieu, en un reportaje en el que se abordaba la temática de la relación entre el Sistema Escolar y la reproducción social, los aviones pueden volar porque se formularon las leyes de la gravedad, es decir, constituyen la prueba de que dichas leyes pueden ser superadas. Negar esta posibilidad en las ciencias sociales constituye un absurdo. Una de las preguntas que surge es ¿están dispuestos nuestros “pilotos” a levantar el vuelo?

Bibliografía.

Berger, Peter y Luckman, Thomas: “La construcción social de la realidad”. Edit. Amorrortu; Ciudad de Buenos Aires, 1978.

Bourdieu, Pierre: “La distinción. Criterios y bases sociales del gusto.” Edit. Taurus; Madrid, España; 1999.

Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude: "La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza." Edit. Laia; Barcelona, España; 1977.

Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude: "Los Herederos. Los estudiantes y la cultura." Edit. Siglo XXI; Capital Federal, Argentina, 2003.

Margulis, Mario: "La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud." Edit. Biblos; Buenos Aires, Argentina, 1996.

Míguez, Daniel y Semán, Pablo (editores): "Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente." Edit. Biblos; Ciudad de Buenos Aires; 2006.

Willis, Paul: "Aprendiendo a trabajar." Edit. Akal Universitaria; Madrid, España, 1988.

ⁱ Estos son: Gran La Plata (02); Bahía Blanca – Cerri (03); Partidos del Gran Buenos Aires (33) y Mar del Plata – Batán (34)

ⁱⁱ Teniendo en cuenta que los datos de la EPH referidos a los aspectos educativos pueden llegar a superar el 3% de margen de error, hemos chequeado esta tasa de escolarización con la que puede obtenerse, para este mismo grupo de edad, a partir de los datos del Censo nacional de Población y Vivienda de 2001. Los resultados obtenidos son: para el Total provincia, 82,6%; para los Partidos del Gran Buenos Aires, 82,9% y para el Resto Provincia, 82,1%.

ⁱⁱⁱ Si sumamos a los varones y mujeres que asisten y tienen un empleo y después calculamos los porcentajes según sexo, nos encontramos que el 59,6% son varones y el 40,4% son mujeres.

^{iv} Si realizamos los mismos cálculos que para la categoría anterior, nos encontramos con que, de los que tienen empleo el 56,0% son varones y el 44,0% son mujeres (la diferencia de casi 20 puntos porcentuales se reduce a 12) y entre quienes buscan empleo, el 54,4% son varones y el 45,6 son mujeres (aquí la diferencia no llega a los 9 puntos porcentuales).

^v Cepeda, Agustina; Rustoyburu, Cecilia: “¿Qué hacer con los quehaceres? Las razones domésticas del cambio familiar” en Míguez Daniel; Semán Pablo: “Entre santos cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina Reciente.” Edit. Biblos, Ciudad Autónoma de Buenos Aires; 2006; págs. 129/144.

^{vi} “Op. Cit.”: Pág. 136

^{vii} En los cuadros o tablas que incluyen la “condición de pobreza” el número total de jóvenes se reduce en un 21,0%, dado que en la EPH junto a las categorías de “pobres” y “no pobres” figura la de “ignorado”, que, suponemos, corresponden a las familias que no declaran sus ingresos. Esta disminución en el total no resta validez a la comparación entre “pobres” y “no pobres”, pero sí impide la realización de ciertos cálculos, por ejemplo, si quisiéramos establecer la proporción o el porcentaje de “pobres” que “asisten”, no podemos usar este total, sino que debemos utilizar el anterior.

^{viii} Cabe la posibilidad, y debemos mencionarla, de que una parte de estos jóvenes pertenezcan a hogares que han superado la línea de pobreza por el aporte que dichos jóvenes realizan al presupuesto familiar, por lo que su situación se equipararía a la de los “pobres”. No obstante, suponemos que estas condiciones no alcanzan a la totalidad de los incluidos en la categoría de “no pobres”, por lo que resulta válido suponer que las motivaciones de los jóvenes para buscar y obtener un empleo no se circunscriben, únicamente, a las necesidades familiares.

^{ix} Míguez, Daniel y Semán, Pablo: “Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente” Edit. Biblos; Buenos Aires, 2006; pág. 29

^x Míguez, Daniel y Semán Pablo: “Op. Cit.” Pág. 29

^{xi} Si calculamos las tasas de repitencia por sexo para los Partidos correspondientes a los Aglomerados, nos encontramos con que, en el 2006, en la Escuela Secundaria Básica, casi el 20% de los varones era repetidor, en tanto el 16,1% estaba en dicha condición. Para el Nivel Polimodal, los porcentajes eran del 10,9% y del 9,2% respectivamente. La tasas fueron calculadas sobre los datos oficiales de la Dirección General de Cultura y Educación, suministrados por la Dirección de Información y Estadísticas Educativas.

^{xii} Por “moratoria social” se entiende el proceso por el cual, “a partir de mediados del siglo XIX y en el siglo XX, ciertos sectores sociales logran ofrecer a sus jóvenes la posibilidad de postergar exigencias –sobre todo las que provienen de la familia y del trabajo-, tiempo legítimo para que se dediquen al estudio y la capacitación postergando el matrimonio, lo que les permite gozar de un cierto período durante el cual la sociedad les brinda una especial tolerancia.” En Mario Margulis en “La juventud es más que una palabra”, pág. 15

^{xiii} Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude: “Los Herederos. Los estudiantes y la cultura.” Edit. Siglo XXI, Capital Federal, Argentina; pág. 23

^{xiv} Bourdieu y Passeron utilizan el concepto de “refugio” para referirse a la situación de jóvenes de sectores medios y altos que en las Universidades de París optan por carreras de Ciencias Sociales y/o Letras, es decir, de menor prestigio que las de Medicina o Derecho. Consideramos que, en el plano de las hipótesis, dicha situación puede equipararse a la de los varones no pobres que optan por los estudios Terciarios.

^{xv} Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude: “Los Herederos. Los estudiantes y la cultura.” Edit. Siglo XXI, Capital Federal, Argentina; pág. 94

^{xvi} Son varios los trabajos que comprueban este hecho, entre los más conocidos podemos citar: Bourdieu, Pierre: “La distinción. Criterios y bases sociales del gusto”, edit. Taurus, Madrid, 1999; Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean.Claude: “Los herederos. Los estudiantes y la cultura”, edit. Siglo XXI, Capital Federal, Argentina, 2003; Willis, Paul: “Aprendiendo a trabajar”, edit. Akal Universitaria, Madrid, 1988; en referencia a nuestro país, Margulis, Mario: “La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud”, edit. Biblos, Capital Federal, Argentina, 1996.

^{xvii} Desagregar la población de 14 a 18 años por deciles de ingreso implicaba ampliar los márgenes de error de la muestra y, por ende, perder rigurosidad en las observaciones.